

HISTORIAS DE UN IDIOTA

Albert Roquer Grau
web libro: www.poes.cc

Quince minutos

Ayer estaba tan tranquilo en mi casa y nada hacía prever que todo iba a dar un giro inesperado. Esos instantes sirven para valorar la importancia de los guiones personales y se observa que cada uno tiene un director distinto. Miraba la televisión ajeno a todo lo que me rodeaba. Un ojo en la pequeña pantalla y otro en el microondas. A menudo los enciendo y los observo detalladamente. Parece una chorrada, pero solo sería una chorrada si lo fuese de verdad. Explícitamente no lo es si consigues ver la doble lectura, tan escondida que ni siquiera yo sé encontrarla. Antes tenía el aparato en la cocina, pero no podía estar pendiente de la tele y además del microondas. Así que un día duro de pensamiento me lo llevé al lado del televisor y los casé sin compromiso firmado: uno al lado del otro como buenos compañeros de viaje; sin manías ni complejos de tamaño o capacidad de beneficio para su propietario. Ahora ellos me traen lo que nadie me puede traer con facilidad. Esa placidez que añoro en nocturnidad alterna. Noche sí y noche también me concentro en ellos y los comparo a la vez que los observo con detalle. Cada uno a su ritmo en franjas de cuartos de hora. Son quince minutos, ni uno más ni uno menos. En ese tiempo me siento en el sofá, en una silla cualquiera o incluso en el suelo y dejo fluir el tiempo reglamentario. No se trata de cambiar de canal por cambiar, ni siquiera de ojear cómo aquel plato redondo da vueltas constantemente, se tiene que buscar el significado que esconde cualquier acertijo de los buenos. Y aunque no sea ningún acertijo, y menos aún de los buenos, mi misión era descubrirlo pasase lo que pasase. Me daba igual no ir a trabajar o no atender a las llamadas de mis amigos que nunca llaman. Todos tenemos objetivos y no pueden ignorarse. Mi aventura duró dos días intensos. Tenía comida y todo lo necesario para mear sin hacer guarrerías inmundas. Encendía el televisor y el microondas en el periodo delimitado y los resultados fueron evidentes. Nada de lo que tenía que pasar pasó, pero como tampoco sabía lo que tenía que pasar, me quedé igual. Mi trabajo fue duro y constante. No desfallecí en ningún momento e intenté evitar que la fatiga me cansase a lo largo de la noche que pasé con los ojos abiertos de par en par. Igual que un búho inexperto cansado de ir a un ritmo distinto del de los demás. Me llamó mi jefe y no cogí el teléfono. Mi deseo era llegar al final y anotar en mi mente los resultados que para algunos podían parecer obvios; suerte que no todos somos

«algunos». No me va ponerme un jersey grueso en lugar de dos, comerme la sopa sin hacer ruido, bajar el volumen de la tele aunque estén dando una película X y sean las tres de la mañana y mucho menos generalizar unos resultados científicos tan exhaustivos como los míos. El proyecto terminó con el microondas en su hogar de origen y con los dos ojos en el televisor. Descubrí que si se observa a la vez el televisor y el microondas —vacío y en funcionamiento o lleno y en funcionamiento— durante un intervalo de quince minutos no pasa nada, pero aún hay más. Las dudas me limitan y no me dejan llevar una vida normal. Soy curioso por curiosidad y ambivalente por mi curiosidad a ser mentiroso. ¿Pasaría lo mismo con dieciséis minutos?

Eurovisión

El argumento cuenta la fantástica historia de un muchacho bondadoso y genuino que tenía en mente cumplir una fantasía. Se enteró de un *casting* y fue. Se enteró de otro y también fue, pero no tenía suerte. Quizá era su presencia, su modestia, su falta de voz, su prepotencia, sus mallas rosas apretadas a su piel sin calzoncillos debajo. Era como si todo el universo se hubiese puesto en contra para que no realizase su propósito. A veces se sentía víctima de ser como era: especial, perfecto con defectos a cada paso, peculiar y sobre todo bondadoso y genuino. Su honradez le hizo divagar por grandes ciudades y muchos productores vieron sus habilidades, pero solo le llegaban ofertas para ser un *pornostar*. El muchacho las refutó y descubrió que el mundo era un sitio lleno de gánsteres mafiosos dispuestos a todo por conseguir sus objetivos. Le ofrecieron protagonizar *Tinquiwinqui* y su enorme espada, abriéndole una maleta llena de dinero de muchos colores y tres noches de hotel en las islas Canarias para dos personas y un amigo extra. Todo aquello era tentador, pero dijo que no. Intentaron mejorar la oferta y le obsequiaron con una bicicleta nueva, un DVD portátil y un lote de productos de belleza femenina para todo un mes. El chico dudó, pero continuó diciendo que no hasta que le ofrecieron todo lo anterior más un regalo sorpresa. Su desesperación era enorme, y la curiosidad por saber qué había en su interior estuvo a punto de hacerle perder la cordura, pero también se negó. Era como si el propio demonio se hubiese apoderado del universo para sacarle el jugo mágico y caer en la tentación. Su sueño era cantar en Eurovisión, con sus mallas rosas apretadas a su piel sin calzoncillos debajo, y tenía que conseguirlo. Fue a una prueba de sonido, a un *casting* de pies, a uno de torsos desnudos, a otro de un anuncio de jabón para hipopótamos, a uno de azafatas y a otro de recepcionista de unas conferencias de

fisioterapia, y nunca conseguía pasarlos. Después de un intento fracasado de probar un desodorante bucal con un producto con demasiado alcohol quedó confundido. Reflexionó sentado en un banco del parque y sintió la necesidad de plantearse si era ese el mejor camino a seguir. Estaba solo, hasta que de pronto apareció una anciana con el pelo muy blanco y bigote de unos días y empezaron a hablar. Le contó que era muy vieja y que aún estaba persiguiendo su sueño. Su mayor deseo era cantar un dúo con Céline Dion en una discoteca llamada el Bulevar de Nueva York; todavía no había renunciado a ello: «Mientras haya oxígeno hay esperanza, guapo», le dijo antes de irse a velocidad de tortuga mientras arrastraba su pierna de madera. Sus palabras fueron sabias y le infundieron la suficiente autoestima para no tirar la toalla. Se levantó del banco recién pintado y con la pintura marrón chorreando de su traje vio que en una farola había un anuncio que ponía: «*Casting* para cantar en Eurovisión. Hoy a las 18:00 horas». Miró el reloj y se percató de que solo faltaban veinte minutos. Arrancó el papel en que ponía la dirección y corrió velozmente hasta llegar a la prueba. Llegó cuando aún faltaban dos minutos y como no quedaba ningún otro participante le tocó a él. Se relajó e intentó no ponerse nervioso. Sabía que aquella podía ser su última oportunidad; tenía que acertar con la canción, con el ritmo, con el baile, con la entonación y todo ello hacerlo de forma bondadosa y genuina. El muchacho cantó y cantó hasta que le hicieron callar. Preguntó si les había gustado y el jurado le dijo que nunca habían escuchado a nadie que cantase y bailase tan mal la *Macarena* con unas mallas rosas tan apretadas a la piel y sin calzoncillos debajo. El chico se fue disgustado y juró y perjuró que nunca dejaría de luchar por su sueño. Y así pasaron los días, los meses y los trienios hasta hoy. Ese chico bondadoso y genuino soy yo, y continúa firme en esa idea. No me gusta, ni siquiera lo veo, y mucho menos soy fanático o euro fan, pero distrae. Eurovisión es como la calvicie, pierde pelo año tras año, pero eso sería una excusa demasiado superficial. Aquella mujer tenía razón, tiene que haber esperanza hasta el final. Todos nos merecemos otra oportunidad.

¿Qué hago yo aquí?

Hoy es el tercer domingo del tercer mes y me invaden las moscas. Quería dejar constancia de ello en la pantalla de un ordenador, pero no tengo. Quería escribir sentimientos en una hoja en blanco, pero todos los bolis son rojos y no me gusta el color. De lo que quería hacer a lo que tendría que hacer, hay como un abismo infernal. ¿Qué hago yo aquí? No es tan fácil responder a la complejidad en su estado más puro. A los siete años mi padre

estaba mirando la tele y me senté en sus rodillas tapándole la visión para que me hiciese jugar. Entonces tuve la misma duda que hoy y le pregunté: «¿Qué hago yo aquí?», y él respondió: «¡Molestar!»; y me largué. A la misma edad, pero cinco minutos más tarde, fui a la cocina donde mi madre estaba preparando un delicioso pastel de zanahorias. Me acerqué cuando había sacado el molde y lo había puesto encima de la mesa y me senté muy cerca. Casi tan cerca que lo rocé con una de mis manos y le metí un dedo accidentalmente. Entonces pregunté: «¿Qué hago yo aquí?», y ella respondió: «¡Molestar!»; y me largué. A la misma edad, pero quince minutos más tarde me fui a la calle a dar un paseo y me encontré al cartero. Para él no pasa ban las caminatas; era el mismo hombre canoso con ojeras espantosas y cara de osito Yogui. Me sonrió cuando me acerqué a él con ingenuidad, me siguió sonriendo cuando le tiré una bolsa llena de cartas encima de la acera y continuó con su sonrisa persuasiva cuando pisé un sobre grandote y seis o siete cartas con el rastro de una mierda de perra que había quedado en mi suela del zapato. Entonces le pregunté: «¿Qué hago yo aquí?», y él contestó: «¡Molestar!»; y me largué. A la misma edad, pero media hora después, fui a comprar unos chicles en una tienda muy cerca de casa. La señora Antonia me conocía desde que era un renacuajo, desde que daba vueltas por la tienda y desde que hablaba con ella para distraernos mutuamente. Me acerqué a ella en el peor momento: tenía más de veinte personas comprando a la vez, y eso la puso nerviosa. Su ímpetu solitario hizo que un billete de diez euros se encallase en la máquina de cobrar, que esta se estropease, que un golpe mal dado en el sitio equivocado activase la alarma de la tienda y que una sobrecarga de energía fundiese los plomos de la luz. Entonces la palpé y le dije: «¿Qué hago yo aquí?», y ella contestó: «¡Molestar!»; y me largué. Podría ponderar que girando el tiempo hasta la fecha actual siempre me ha dado la sensación de molestar o, dicho de otra forma, «aún no sé qué hago yo aquí».

Conflictos internos, esta es mi historia, como la de cualquier otro. Hay quien descubre la solución, quien diverge sus inquietudes con exactitud y quien por ser idiota se siente feliz de serlo. Molestar es relativo, como relativo es molestar. De los siete a los treinta actuales me hierve la sangre pensando que la vida es más compleja que estar en el sitio equivocado, ¿o no? Dar sentido a lo que hacemos en este mundo sería adquirir conocimientos demasiado profundos para tal ingenuo. Prefiero quedarme con las migas, dar un beso con una sonrisa de una niña y seguir pensando que quizá son los otros los que enfurecen al personal.

HISTORIAS DE UN IDIOTA

Albert Roquer Grau
web libro: www.poes.cc